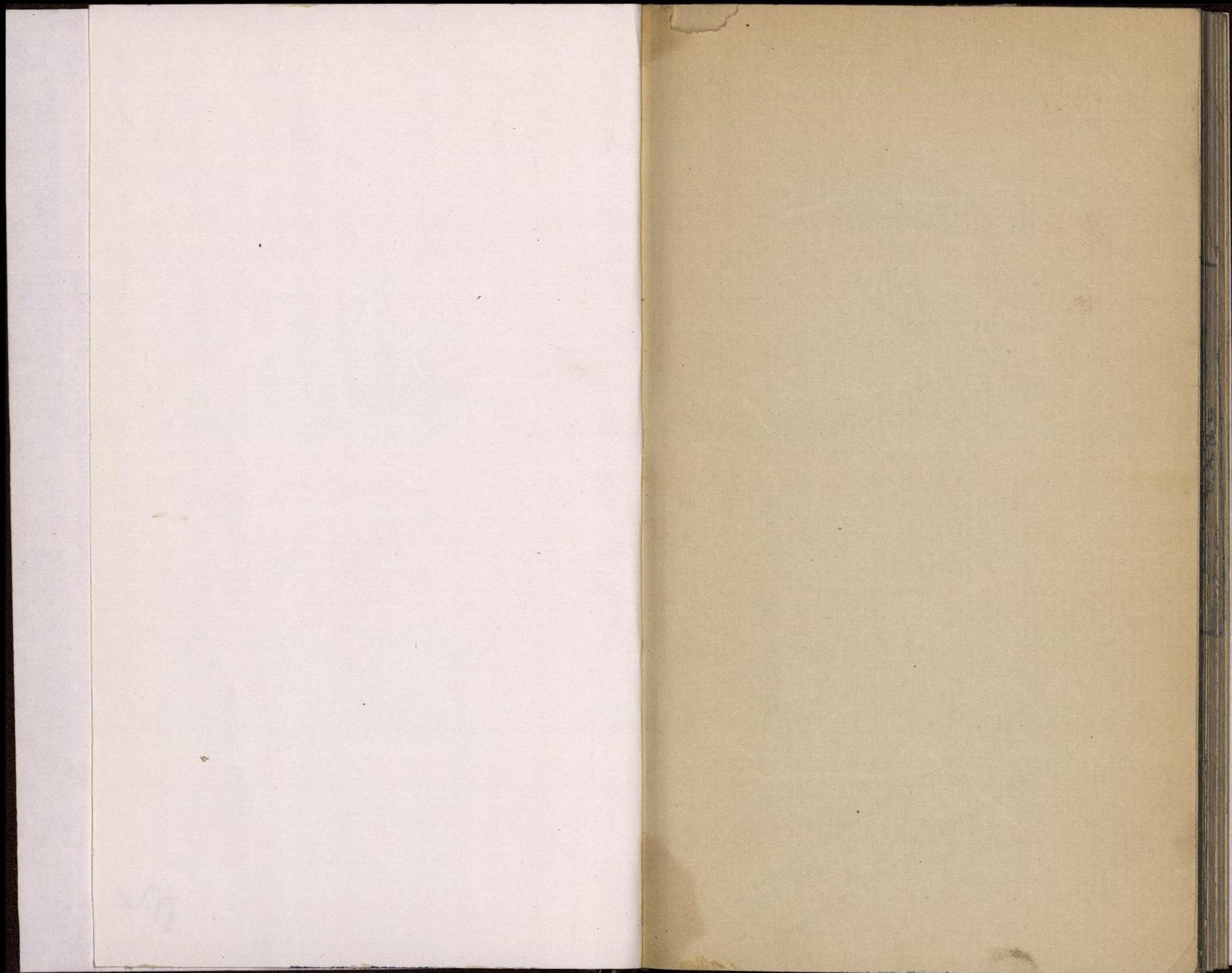


TOPAZ

ALBION

PQ7297  
.L68  
Z6

m





1020099764

1774

1

73 84

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

86

ZOZOBRA

BIBLIOTECA  
MUSEO  
NACIONAL

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS MODERNOS

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Z O Z O B R A



MEXICO

EDICIONES MEXICO MODERNO

MCMXIX

16743

IV-3-207

PQ 729.7

.L 68

Z 6



FONDO  
ALFONSO REYES

Todos los derechos asegurados.

*Ramón López Velarde: está franca la puerta  
para tu audacia lírica. Pasa y siéntate. Un  
bello sitio de púrpura deseada. En liza abierta  
has burlado al solemne dios, el lugar común.*

*La Academia está insomne, pues cual un maleficio  
la enloquece, a sus años, tu embrujado café.  
Tu adjetivo tendría, si hubiera Santo Oficio,  
coroza y vela verde en un auto de fe.*

*Imagino tu sensualidad de católico  
en la misa del Arte. Sutilmente diabólico  
distraes a los fieles con tu ambigua actitud.*

*Diácono que con manos perfumadas de sándalo,  
en tu cáliz elevas hostias rojas, escándalo  
de Sancho, que comulga lívido de inquietud.*

RAFAEL LOPEZ. (\*)

1917.

(\*) Dedicatoria del libro: "Con los Ojos abiertos."

1576

HOY COMO NUNCA...

A Enrique González Martínez.

Hoy, como nunca, me enamoras y me entristeces;  
si queda en mí una lágrima, yo la excito a que lave  
nuestras dos lobregueces.

Hoy, como nunca, urge que tu paz me presida;  
pero ya tu garganta sólo es una sufrida  
blancura, que se asfixia bajo toses y toses,  
y toda tú una epístola de rasgos moribundos  
colmada de dramáticos adioses.

Hoy, como nunca, es venerable tu esencia  
y quebradizo el vaso de tu cuerpo,

y sólo puedes darme la exquisita dolencia  
de un reloj de agonías, cuyo tic-tac nos marca  
el minuto de hielo en que los pies que amamos  
han de pisar el hielo de la fúnebre barca.

Yo estoy en la ribera y te miro embarcarte:  
huyes por el río sordo, y en mi alma destilas  
el clima de esas tardes de ventisca y de polvo  
en las que doblan solas las esquilas.

Mi espíritu es un paño de ánimas, un paño  
de ánimas de iglesia siempre menesterosa;  
es un paño de ánimas goteado de cera,  
hollado y roto por la grey astrosa.

No soy más que una nave de parroquia en penuria,  
nave en que se celebran eternos funerales,  
porque una lluvia terca no permite  
sacar el ataúd a las calles rurales.

Fuera de mí, la lluvia; dentro de mí, el clamor  
cavernoso y creciente de un salmista;  
mi conciencia, mojada por el hisopo, es un  
ciprés que en una huerta conventual se contrista.

Ya mi lluvia es diluvio, y no miraré el rayo  
del sol sobre mi arca, porque ha de quedar roto  
mi corazón la noche cuadragésima;  
no guardan mis pupilas ni un matiz remoto  
de la lumbre solar que tostó mis espigas;  
mi vida sólo es una prolongación de exequias  
bajo las cataratas enemigas.

TRANSMUTASE MI ALMA...

Transmútase mi alma en tu presencia  
como un florecimiento  
que se vuelve cosecha.

Los amados espectros de mi rito  
para siempre me dejan;  
mi alma se desazona  
como pobre chicuela  
a quien prohíben en el mes de mayo  
que vaya a ofrecer flores en la iglesia.

Mas contemplo en tu rostro  
la redequilla de medrosas venas,

como una azul sospecha  
de pasión, y camino en tu presencia  
como en campo de trigo en que latiese  
una misantropía de violetas.

Mis lirios van muriendo, y me dan pena;  
pero tu mano pródiga acumula  
sobre mí sus bondades veraniegas,  
y te respiro como a un ambiente  
frutal; como en la fiesta  
del Corpus, respiraba hasta embriagarme  
la fruta del mercado de mi tierra.

Yo desdoblé mi facultad de amor  
en liviana aspereza  
y suave suspirar de monaguillo;  
pero tú me revelas  
el apetito indivisible, y cruzas  
con tu antorcha inefable  
incendiando mi pingüe sementera.

EL VIEJO POZO.

El viejo pozo de mi vieja casa  
sobre cuyo brocal mi infancia tantas veces  
se clavaba de codos, buscando el vaticinio  
de la tortuga, o bien el iris de los peces,  
es un compendio de ilusión  
y de históricas pequeñeces.

Ni tortuga, ni pez: sólo el venero  
que mantiene su estrofa concéntrica en el agua  
y que dió fé del ósculo primero  
que por 1850 unió las bocas

de mi abuelo y mi abuela... ¡Recurso lisonjero  
con que los generosos hados  
dejan caer un galardón fragante  
encima de los desposados!

Besarse, en un remedo bíblico, junto al pozo,  
y que la boca amada trascienda a fresco gozo  
de manantial, y que el amor se profundice,  
en la pareja que lo siente,  
como el hondo venero providente...

En la pupila líquida del pozo  
espejábanse, en años remotos, los claveles  
de una maceta; más la arquitectura  
ágil de las cabezas de dos o tres corceles,  
prófugos del corral; más la rama encorvada  
de un durazno; y en época de mayor lejanía,  
también se retrataban en el pozo  
aquellas adorables señoras en que ardía  
la devoción católica y la brasa de Eros;  
suaves antepasadas, cuyo pecho lucía  
descotado, y que iban, con tiesura y remilgo,  
a entrecerrar los ojos a un palco a la zarzuela,  
con peinados de torre y con vertiginosas  
peinetas de carey. Del teatro a la Vela  
Perpetua, ya muy lisas y muy arrebujuadas  
en la negrura de sus mantos.  
Evoco, todo trémulo, a estas antepasadas  
porque heredé de ellas el afán temerario  
de mezclar tierra y cielo, afán que me ha metido  
en tan graves aprietos en el confesonario.

En una mala noche de saqueo y de política  
que los beligerantes tuvieron como norma

equivocar la fé con la rapiña, al grito  
de “¡Religión y Fueros!” y “¡Viva la Reforma!”  
una de mis geniales tías,  
que tenía sus ideas prácticas sobre aquellas  
intempestivas griterías,  
y que en aquella lucha no siguió otro partido  
que el de cuidar los cortos ahorros de mi abuelo,  
tomó cuatro talegas, y con un decidido  
brazo, las arrojó en el pozo, perturbando  
la expectación de la hora ingrata  
con un estrépito de plata.

Hoy cuentan que mi tía se aparece a las once  
y que cumpliendo su destino  
de tesorera fiel, arroja sus talegas  
con un ahogado estrépito argentino.

Las paredes del pozo, con un tapiz de lama  
y con un centelleo de gotas cristalinas,  
eran como el camino de esperanza en que todos  
hemos llorado un poco... Y aquellas peregrinas  
veladas de mayo y de junio  
mostráronme del pozo el secreto de amor:  
preguntaba el durazno: “¿Quién es Ella?”,  
y el pozo, que todo lo copiaba, respondía  
no copiando más que una sola estrella.

El pozo me quería senilmente; aquel pozo  
abundaba en lecciones de fortaleza, de alta  
discreción, y de plenitud...  
pero hoy, que su enseñanza de otros tiempos me  
(falta,

comprendo que fuí apenas un alumno vulgar  
con aquel taciturno catedrático,  
porque en mi diario empeño no he podido lograr  
hacerme abismo y que la estrella amada,  
al asomarse a mí, pierda pisada.

TU PALABRA MAS FUTIL...

Magdalena, conozco que te amo  
en que la más trivial de tus acciones  
es pasto para mí, como la miga  
es la felicidad de los gorriones.

Tu palabra más fútil  
es combustible de mi fantasía  
y pasa por mi espíritu feudal  
como un rayo de sol por una umbría.

Una mañana (en que la misma prosa  
del vivir se tornaba melodiosa)

te daban un periódico en el tren  
y rehusaste, diciendo con voz cálida:  
“¿Para qué me das esto?” Y estas cinco  
breves palabras de tu boca pálida  
fueron como un joyel que todo el día  
en mi capilla estuvo manifiesto;  
y en la noche, sonaba tu pregunta:  
“¿Para qué me das esto?”  
Y la tarde fugaz que en el teatro  
repasaban tus dedos, Magdalena,  
la dorada melena  
de un chiquillo... Y el prócer además  
con que diste limosna a aquel anciano...  
Y tus dientes que van  
en sonrisa ondulante, cual resúmenes  
del sol, encandilando la insegura  
pupila de los viejos y los párvulos...  
Tus dientes, en que están la travesura  
y el relámpago de un pueril espejo  
que aprisiona del sol una saeta  
y clava el rayo férvido en los ojos  
del infante embobado  
que en su cuna vegeta...

También yo, Magdalena, me deslumbro  
en tu sonrisa férvida; y mis horas  
van a tu zaga, hambrientas y canoras,  
como va tras el ama, por la holgura  
de un patio regional, el cortesano  
séquito de palomas que codicia  
la gota de agua azul y el rubio grano.

PARA EL ZENZONTLE IMPAVIDO....

He vuelto a media noche a mi casa, y un canto  
como vena de agua que solloza, me acoge...  
Es el músico célibe, es el solista dócil  
y experto, es el zenzontle que mece los cansancios  
seniles y la incauta ilusión con que sueñan  
las damitas... No cabe duda que el prisionero  
sabe cantar. Su lengua es como aquellas otras  
que el candor de los clásicos llamó lenguas har-  
(padas.  
No serían los clásicos minuciosos psicólogos,

pero atinaban con el mundo elemental  
y daban a las cosas sus nombres... Sigo oyendo  
la musical tarea del zenzontle, y lo admiro  
por impávido y fuerte, porque no se amilana  
en el caos de las lóbregas vigiliass, y no teme  
despertar a los monstruos de la noche. Su pico  
repara el cuerpo de la noche, como el de una  
amante; el valeroso pico de este zenzontle  
va recorriendo el cuerpo de la noche: las cejas,  
y la nuca, y el bozo. Súbitamente, irrumpe  
el arpegio animoso que reta en su guarida  
a todas las hostiles reservas de la amante...  
¿Hay acaso otro solo poeta que, como éste,  
desafíe a las incógnitas potestades, y hiera  
con su venablo lírico el silencio despótico?  
Respondamos nosotros, los necios y cobardes  
que en la noche tememos aventurar la mano  
afuera de las sábanas...

El zenzontle me lleva  
hasta los corredores del patio solariego  
en que había canarios, con el buche teñido  
con un verde inicial de lechuga, y las alas  
como onzas acabadas de troquelar. También  
había por aquellos corredores, las roncas  
palomas que se visten de canela y se ajustan  
los collares de luto... Corredores propicios  
en que José Manuel y Berta platicaban  
y en que la misma Berta, con un gentil descoco,  
me dijo alguna vez: "Si estos corredores  
como tumbas, hablaran, ¡qué cosas no dirían!"

Mas en estos momentos el zenzontle repite  
un silbo montaraz, como un pastor llamando

a una pastora; y caigo en la lúgubre cuenta  
de que el zenzontle vive castamente, y su limpia  
virtud no ha de obtener un premio en Josafat.  
Es seguro que al pobre cantor, que da su música  
a la erótica letra de las lunas de miel,  
lo aprisionaron virgen en su monte; y me apena  
que ignore que la dicha de amar es un galope  
del corazón sin brida, por el desfiladero  
de la muerte. Deploro su castidad reclusa  
y hasta le cedería uno de mis placeres.

Mas ya el sueño me vence... El zenzontle pro-  
(longa  
su confesión melódica frente a las potestades  
enemigas, y corto aquí mi panegírico  
para el zenzontle impávido, virgen y confesor.

QUE SEA PARA BIEN...

Ya no puedo dudar... Diste muerte a mi cándida  
niñez, toda olorosa a sacristía, y también  
diste muerte al liviano chacal de mi cartuja.  
Que sea para bien...

Ya no puedo dudar... Consumaste el prodigio  
de, sin hacerme daño, sustituir mi agua clara  
con un licor de uvas... Y yo bebo  
el licor que tu mano me depara.

Me revelas la síntesis de mi propio zodiaco:  
el León y la Virgen. Y mis ojos te ven

apretar en los dedos—como un haz de centellas—  
éxtasis y placeres. Que sea para bien...

Tu palidez denuncia que en tu rostro  
se ha posado el incendio y ha corrido la lava...  
Día último de marzo; emoción; aves; sol...  
Tu palidez volcánica me agrava.

¿Ganaste ese prodigio de pálida vehemencia  
al huir, con un viento de ceniza,  
de una ciudad en llamas? ¿O hiciste penitencia  
revolcándote encima del desierto? ¿O, quizá,  
te quedaste dormida en la vertiente  
de un volcán, y la lava corrió sobre tu boca  
y calcinó tu frente?

¡Oh tú, reveladora, que traes un sabor  
cabal para mi vida, y la entusiasmas:  
tu triunfo es sobre un motín de satiresas  
y un coro plañidero de fantasmas!

Yo estoy en la vertiente de tu rostro, espera  
las lavas repentinas que me den  
un fulgurante goce. Tu victorial y pálido  
prestigio ya me invade... ¡Que sea para bien!

## EL MINUTO COBARDE

A Saturnino Herrán.

En estos hiperbólicos minutos  
en que la vida sube por mi pecho  
como una marea de tributos  
onerosos, la plétora de vida  
se resuelve en renuncia capital  
y en miedo se liquida.

Mi sufrimiento es como un gravamen  
de rencor, y mi dicha como cera  
que se derrite siempre en jubileos,  
y hasta mi mismo amor es como un tósigo  
que en la raíz del corazón prospera.

Cobardemente clamo, desde el centro  
de mis intensidades corrosivas,  
a mi parroquia, al ave moderada,  
a la flor quieta y a las aguas vivas.

Yo quisiera acogerme a la medida,  
a la estricta conciencia y al recato  
de aquellas cosas que me hicieron bien...

Antiguados relojes del Curato  
cuyas pesas de cobre  
se retardaban, con intención pura,  
por aplazarme indefinidamente  
la primera amargura.

Obesidad de aquellas lunas que iban  
rodando, dormilonas y coquetas,  
por un absorto azul  
sobre los árboles de las banquetas.

Fatiga incierta de un incierto piano  
en que un tema llorón se decantaba,  
con insomnio y desgano,  
en favor del obtuso centinela  
y contra la salud del hortelano.

Santos de piedra que en el atrio exponen  
su casulla de piedra a la herejía  
del recio temporal.

Garganta criolla de Carmen García  
que mandaba su canto hasta las calles  
envueltas en perfume vegetal.

Cromos bobalicones,  
colgados por estímulo a la mesa,  
y que muestran sandías y viandas  
con exageraciones  
pictóricas; exánimes gallinas,

y conejos en quienes no hizo sangre  
lo comedido de los perdigones.

Canteras cuyo vértice poroso  
destila el agua, con paciente escrúpulo,  
en el monjil reposo  
del comedor, a cada golpe neto  
con que las gotas, simples y tardías,  
acrecen el caudal noches y días.

Acudo a la justicia original  
de todas estas cosas;  
mas en mi pecho siguen germinando  
las plantas venenosas,  
y mi violento espíritu se halla  
nostálgico de sus jaculatorias  
y del pío metal de su medalla.

LA MANCHA DE PURPURA

Me impongo la costosa penitencia  
de no mirarte en días y días, porque mis ojos,  
cuando por fin te miren, se aneguen en tu esencia  
como si naufragasen en un golfo de púrpura,  
de melodía y de vehemencia.

Pasa el lunes, y el martes, y el miércoles... Yo  
(sufro  
tu eclipse, oh creatura solar; mas en mi duelo  
el afán de mirarte, se dilata  
como una profecía; se descorre cual velo  
paulatino; se acendra como miel; se aquilata  
como la entraña de las piedras finas;

y se aguza como el llavín  
de la celda de amor de un monasterio en ruinas

Tú no sabes la dicha refinada  
que hay en huirte, que hay en el furtivo gozo  
de adorarte furtivamente, de cortejarte  
más allá de la sombra, de bajarse el embozo  
una vez por semana, y exponer las pupilas,  
en un minuto fraudulento,  
a la mancha de púrpura de tu deslumbramiento

En el bosque de amor, soy cazador furtivo;  
te acecho entre dormidos y tupidos follajes,  
como se acecha una ave fúlgida; y de estos v  
por la espesura, traigo a mi aislamiento  
el más fúlgido de los plumajes:  
el plumaje de púrpura de tu deslumbramiento

## INTROITO

(Para el libro de Enrique  
Fernández Ledesma.)

Eramos aturdidos mozalbetes:  
blanco listón al codo, ayes agónicos,  
rimas atolondradas y juguetes.

Sin la virtud frenética de Orfeo,  
fiados en la campánula y el cirio,  
fuimos a embelesar las alimañas,  
cual neófitos que buscan el martirio.

En la misma espesura se extraviaba  
la primeriza luz de nuestra frente,  
y ante la misma fiera, rehacia y sorda,  
cesaba nuestro cántico inocente.

De aquella planta que regamos juntos  
eran cofrades la senil vihuela ;  
los pupitres manchados de la escuela ;  
la bíblica muchacha que adoraste ;  
los días uniformes ; el contraste  
de un volumen de Bécquer y *Fabiola* ;  
la soprano indeleble, que aún nos mima  
con el ahinco de su voz pretérita ;  
y el prístino lucero que te indujo  
al apurado trance de la rima.

¿Qué hicimos, camarada, del tanteo  
feliz, y de los ripios venturosos,  
y de aquel entusiasta delecto?

Hoy la armonía adulta va de viaje  
a reclamar a una centuria prófuga  
el vellón de su casto aprendizaje.

Mi maquinal dolencia es una caja  
de música falible que en lo gris  
de un tácito aposento se desgaja.

Y el alma, cera ayer, se petrifica  
como los rosetones coloniales  
de una iglesia con lama, que complica  
su fachada borrosa con el humo  
inveterado de los temporales.

Mi corazón retrógrado  
ama desde hoy la temerosa fecha  
en que surgiste con aquel vestido  
de luto y aquel rostro de ebriedad.

Día 13 en que el filo de tu rostro  
llevaba la embriaguez como un relámpago  
y en que tus lúgubres arreos daban  
una luz que cegaba al sol de agosto,  
así como se nubla el sol ficticio  
en las decoraciones  
de los Calvarios de los Viernes Santos.

Por enlutada y ebria simulaste  
 en la superstición de aquel domingo,  
 una fúlgida cuenta de abalorio  
 humedecida en un licor letárgico.

¿En qué embriaguez bogaban tus pupila  
 para que así pudiesen  
 narcotizarlo todo?

Tu tiniebla  
 guiaba mis latidos, cual guiaba  
 la columna de fuego al israelita.  
 Adivinaba mi acucioso espíritu  
 tus blancas y fulmineas paradojas:  
 el centelleo de tus zapatillas,  
 la llamarada de tu falda lúgubre,  
 el látigo incisivo de tus cejas  
 y el negro luminar de tus cabellos.

Desde la fecha de superstición  
 en que colmaste el vaso de mi júbilo,  
 mi corazón oscurantista clama  
 a la buena bondad del mal agüero;  
 que si mi sal se riega, irán sus granos  
 trazando en el mantel tus iniciales;  
 y si estalla mi espejo en un gemido,  
 fenecerá diminutivamente,  
 como la desinencia de tu nombre.

Superstición, consérvame el radioso  
 vértigo del minuto perdurable  
 en que su traje negro devoraba  
 la luz desprevenida del cenit,  
 y en que su falda lúgubre era un bólido  
 por un cielo de hollín sobrecogido...

NO ME CONDENES...

Yo tuve, en tierra adentro, una novia muy pobre :  
ojos inusitados de sulfato de cobre.  
Llamábase María ; vivía en un suburbio,  
y no hubo entre nosotros ni sombra de disturbio.  
Acabamos de golpe : su domicilio estaba  
contiguo a la Estación de los ferrocarriles,  
y, ¿qué noviazgo puede ser duradero, entre  
campanadas centrífugas y silbatos febriles ?  
El reloj de su sala desgajaba las ocho ;  
era diciembre ; y yo departía con ella  
bajo la limpidez glacial de cada estrella.

El gendarme, remiso a mi intriga inocente,  
hubo de ser, al fin, forzoso confidente.

María se mostraba incrédula y tristoná:  
yo no tenía traza de una buena persona.

¿Olvidarás acaso, corazón forastero,  
el acierto nativo de aquella señorita  
que oía y desoía tu pregón embustero?

Su desconfiar ingénito era ratificado  
por los perros noctívagos, en cuya algarabía  
reforzábase el duro presagio de María.

¡Perdón, María! Novia triste, no me condenes:  
cuando oscile el quinqué, y se abatan las ocho,  
cuando el sillón te mezca, cuando ululen los trenes,  
cuando trabes los dedos por detrás de tu nuca,  
no me juzgues más pérfido que uno de los silbatos  
que turban tu faena y tus récatos.

DESPILFARRAS EL TIEMPO...

Prolóngase tu doncellez  
como una vacua intriga de ajedrez.  
Torneada como una reina  
de cedro, ningún jaque te despeina.  
Mis peones tantálicos  
al rondarte a deshora,  
fracasan en sus ímpetus vandálicos.  
La lámpara sonroja tu balcón;  
despilfarras el tiempo y la emoción.  
Yo despilfarro, en una absurda espera,  
fantasía y hoguera.

En la velada incompatible,  
frústrase el yacimiento espiritual  
y de nuestras arterias el caudal.

Los pródigos al uso  
que vengan a nosotros a aprender  
cómo se dilapida todo el sér.

Tu destino y el mío, contrapuestos,  
vuelcan el apogeo de la vida  
febril e insomne que se va, en la ida  
de un cofre que rebosa  
y se malgasta en una fecha ociosa.

Las monedas excomulgadas  
de nuestro adulto corazón  
caen al vacío, con  
lúgubre opacidad, cual si cayera  
una irreparable sordera.

Y frente al ínclito derroche  
de los tesoros que atesora  
el yacimiento de las almas, algo,  
muy hondo en mí se escandaliza y llora.

## HIMENEO

A la señora Laura Martínez Alba.

Resígnanse los novios,  
con subconsciente pánico,  
al soso parabién  
del concurso inorgánico.

Al fin, va la consorte  
al pecho del anciano, cuyo porte  
patriarcal solemniza  
las bodas de su vástago  
que lo trajeron de su hogar del norte.

Y la agobiada mano agricultora  
sumérgese en el raso de la espalda,

como la Tradición en el dechado  
de la Aurora.

Sobre la luz del raso  
se retarda y se engríe  
la mano, como una rancia pena  
en un tablero vívido que ríe.

Mano grietada, rígida y terrosa,  
que en el vaso metálico se posa,  
cual si fuera una nuez  
sobre la nitidez  
de pristina bandeja inoficiosa...

## LAS DESTERRADAS

A Rafael Pimentel.

Ya la Provincia toda  
reconcentra a sus sanas hijas en las caducas  
avenidas, y Rut y Rebeca proclaman  
la novedad campestre de sus nuca.

Las pobres desterradas  
de Morelia y Toluca, de Durango y San Luis,  
aroman la Metrópoli como granos de anís.

Las parvada maltrecha  
de alondras, cae aquí con el esfuerzo

fragante de las gotas de un arbusto  
batido por el cierzo.

Improvisan su tienda  
para medir, cuadrantes pesarosos,  
la ruina de su paz y de su hacienda.

Ellas, las que soñaban  
perdidas en los vastos aposentos,  
duermen en hospedajes avarientos.

Propietarias de huertos y de huertas copiosas,  
regatean las frutas y las rosas.

Con sus modas pasadas,  
y sus luengos zarcillos,  
y su mirar somero,  
inmútanse a los brillos  
de los escaparates de un joyero.

Y después, a evocar la sandia tropa  
de pavos, y su susto manifiesto  
cuando bajaban por aquel recuesto...

¡Oh siestas regalonas;  
melindre ante la jícara que humea;  
soponcio ante la recua intempestiva  
que tumba las macetas de las pardas casonas;  
lotería de nueces;  
y Tenorio que flecha el historiado  
postigo de las rejas antañonas!

Paso junto a las lentas fugitivas: no saben  
en su desgarbo airoso y en su activo quietismo

la derretida y pura  
compensación que logra su ostracismo  
sobre mi pecho, para ellas holgadamente  
hospitalario, aprensivo y munificente.

Yo os acojo, anónimas y lentas desterradas,  
como si a mí viniese  
la lúcida familia de las hadas,  
porque oléis al opíparo destino  
y al exaltado fuero  
de los calabazates que sazona  
el resol del Adviento, en la cornisa  
recoleta y poltrona.

LIBRÍA ALFONSO

MI CORAZON SE AMERITA...

A Rafael López.

MI CORAZÓN LEAL, SE AMERITA EN LA SOMBRA.  
Yo lo sacara al día, como lengua de fuego  
que se saca de un ífimo purgatorio a la luz;  
y al oírlo batir su cárcel, yo me anego  
y me hundo en la ternura remordida de un padre  
que siente, entre sus brazos, latir un hijo ciego.

MI CORAZÓN LEAL, SE AMERITA EN LA SOMBRA.  
Placer, amor, dolor... todo le es ultraje  
y estimula su cruel carrera logarítmica,  
sus ávidas mareas y su eterno oleaje.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.  
Es la mitra y la válvula... Yo me lo arrancaría  
para llevarlo en triunfo a conocer el día,  
la estola de violetas en los hombros del Alba,  
el cingulo morado de los atardeceres,  
los astros, y el perímetro jovial de las mujeres

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.  
Desde una cumbre enhiesta yo lo he de lanzar  
como sangriento disco a la hoguera solar.  
Así extirparé el cáncer de mi fatiga dura,  
seré impasible por el este y el oeste,  
asistiré con una sonrisa depravada  
a las ineptitudes de la inepta cultura,  
y habrá en mi corazón la llama que le preste  
el incendio sinfónico de la esfera celeste.

DEJAD QUE LA ALABE...

¿Existirá? ¿Quién sabe!  
mi instinto la presente;  
dejar que yo la alabe  
previamente.

Alerta al violín  
del querubín  
y susceptible al  
manzano terrenal,  
será, a la vez, risueña  
y gemebunda,  
como el agua profunda.

Su índice y su pulgar,  
con una esbelta cruz,  
esbelto persignar.

Diagonal de su busto,  
cadena alternativa  
de mirtos y de nardos,  
mientras viva.

Si en el nardo canónico  
o en el mirto me ofusco,  
Ella adivinará  
la flor que busco;  
y, convicta e invicta,  
esforzará su celo  
en serme, llanamente,  
barro para mi barro  
y azul para mi cielo.

Próvida cual ciruela,  
del profano compás  
siempre ha de pedir más.

Retozará en el césped,  
cual las fieras del Baco  
de Rubens;

y luego... la paloma  
que baja de las nubes.

Riéndose, solemne;  
y quebrándose, indemne.

Que me sea total  
y parcial,  
periférica y central;  
y que al soltar mi mano  
la antorcha de la vida,  
con la antorcha caída

prenda fuego a mis lacios  
cabellos, que han sido antes  
ludibrio de las uñas  
de las bacantes.

Que me rece con rezos abundantes  
y con lágrimas pocas;  
más negra de su alma  
que de sus tocas.

CAPITULO AL FINSINA

TUS DIENTES

Tus dientes son el puero y nimio litoral  
por donde acompasadas navegan las sonrisas,  
graduándose en los tumbos de un parco festival.

Sonríes gradualmente, como sonríc el agua  
del mar, en la rizada fila e la marea,  
y totalmente, como la tentativa de un  
*Fiat lux* para la noche del mortal que te vea.  
Tus dientes son así la más cara presea.

Cúdalos con esmero, porque en ese cuidado  
hay una trascendencia iguala la de un Papa  
que retoca su encíclica y ple su cayado.

Cuida tus dientes, cóncave de granizos, cortejo  
de espumas, sempiterna bonanza de una mina,  
senado de cumplidas minucias astronómicas,  
y maná con que sacia su hambre y su retina  
la docena de Tribus que en tu voz se fascina.

Tus dientes lograrían, en una rebelión,  
servir de proyectiles zodiacales al déspota  
y hacer de los discordes gritos, un orfeón,  
del motín y la ira, inofensivos juegos,  
y de los sublevados, una turba de degos.

Bajo las sigilosas arcadas de tu encía,  
como en un acueducto infinitesimal,  
pudiera dignamente el más digio mortal  
apacentar sus crespas ansias... hasta que truene  
la trompeta del Angel en el Juicio Final.

Porque la tierra traga todo pulcro amuleto  
y tus dientes de ídolo han de quedarse mondos  
en la mueca erizada del hosil esqueleto,  
yo los recojo aquí, por su dibujo neto  
y su numen patricio, para el pasmo y la gloria  
de la humanidad giratoria.

## MEMORIAS DEL CIRCO

A Carlos González Peña.

Los circos trashumantes,  
de lamido perrillo enciclopédico  
y desacreditados elefantes,  
me enseñaron la cómica friolera  
y las magnas tragedias hilarantes.

El aeronauta previo,  
colgado de los dedos de los pies,  
era un bravo cosmógrafo al revés  
que, si subía hasta asomarse al polo  
Norte, o al polo Sur, también tenía  
cuestiones personales con Eolo.

Irrumpía el payaso  
como una estridencia  
ambigua, y era a un tiempo  
manicomio, niñez, golpe contuso,  
pesadilla y licencia.

Amábanlo los niños  
porque salía de una bodega mágica  
de azúcares. Su faz sólo era trágica  
por dos lágrimas sendas de carmín.  
Su polvosa apariencia toleraba  
tenerlo por muy limpio o por muy sucio,  
y un cónico bonete era la gloria  
inestable y procaz de su occipucio.

El payaso tocaba a la amazona  
y la hallaba de almendra,  
a juzgar por la mímica fehaciente  
de toda su persona,  
cuando llevaba el dedo temerario  
hasta la lengua cínica y glotona.  
Un día en que el payaso dió a probar  
su rastro de amazona al ejemplar  
señor Gobernador de aquel Estado,  
comprendí lo que es  
Poder Ejecutivo aturrullado.

¡Oh remoto payaso: en el umbral  
de mi infancia derecha  
y de mis virtudes recién nacidas  
yo no pude tener una sospecha  
de amazonas y almendras prohibidas!

Estas almendras raudas  
hechas de terciopelos y de trinos  
que no nos dejan ni tocar sus caudas...

Los adioses baldíos  
a las augustas Evas redivivas  
que niegan la migaja, pero inculcan  
en nuestra sangre briosa, una patética  
mendicidad de almendras fugitivas...

Había una menuda cuadrumana  
de enagüilla de céfiro  
que, cabalgando por el redondel  
con azoros de humana,  
vencía los obstáculos de inquina  
y los aviesos aros de papel

Y cuando a la erudita  
cavilación de Darwin  
se le montaba la enagüilla obscena,  
la avisada monita  
se quedaba serena,  
como ante un espejismo,  
despreocupada lastimosamente  
de su desmantelado trasformismo.

La niña Bell cantaba:  
"Soy la paloma errante";  
y de botellas y de cascabeles  
surtía un abundante  
surtidor de sonidos  
acuáticos, para la sed acuática  
de papás aburridos,  
nodriza inverecunda  
y prole gemebunda.

¡Oh, memoria del circo! Tú te vas  
adelgazando en el frecuente síncope  
del latón sin compás;  
en la apesadumbrada  
somnolencia del gas;  
en el talento necio  
del domador aquél que molestaba  
a los leones hartos, y en el viudo  
oscilar del trapecio...

TIERRA MOJADA...

Tierra mojada de las tardes líquidas  
en que la lluvia cuchichea  
y en que se reblandecen las señoritas, bajo  
el redoble del agua en la azotea...

Tierra mojada de las tardes olfativas  
en que un afán misántropo remonta las lascivas  
soledades del éter, y en ellas se desposa  
con la ulterior paloma de Noé;  
mientras se obstina el tableteo  
del rayo, por la nube cenagosa...

Tarde mojada, de hálitos labriegos,  
en la cual reconozco estar hecho de barro,

porque en sus llantos veraniegos,  
bajo el auspicio de la media luz,  
el alma se licúa sobre los clavos  
de su cruz...

Tardes en que el teléfono pregunta  
por consabidas náyades arteras,  
que salen del baño al amor  
a volcar en el lecho las fátuas cabelleras  
y a balbucir, con alevosía y con ventaja,  
húmedos y anhelantes monosílabos,  
según que la llovizna acosa las vidrieras...

Tardes como una alcoba submarina  
con su lecho y su tina;  
tardes en que envejece una doncella  
ante el brasero exhausto de su casa,  
esperando a un galán que le lleve una brasa;  
tardes en que descienden  
los ángeles, a arar surcos derechos  
en edificantes barbechos;  
tardes de rogativa y de cirio pascual;  
tardes en que el chubasco  
me induce a enardecer a cada una  
de las doncellas frías con la brasa oportuna;  
tardes en que, oxidada  
la voluntad, me siento  
acólito del alcanfor,  
un poco pez espada  
y un poco San Isidro Labrador...

COMO EN LA SALVE.....

...aventuranzas... til de los que saben  
...ando y ...ando... precativamente,  
... en Salve, que es un óleo y una fuente!  
... también mis apta... de la bondad del cielo  
... es llovía,  
y compuse mi Salve, con la fé de un cruzado,  
bajo los muros de Antioquía.

Mas hoy es un vinagre  
mi alma, y mi ecuménico dolor un holocausto  
que en el desierto humea.  
Mi Cristo, ante la esponja de las hieles, jadea  
con la árida agonía de un corazón exhausto.

LIBRERÍA ALFONSINA  
CALLE DE LA UNIVERSIDAD

¡Oh bienaventuranza fértil de los que saben  
ir gimiendo y llorando deprecativamente,  
como en la Salve, que es un óleo y una fuente!

Yo también supe antaño de la bondad del cielo  
que en mis acerbos pésames llovía,  
y compuse mi Salve, con la fé de un cruzado,  
bajo los muros de Antioquía.

Mas hoy es un vinagre  
mi alma, y mi ecuménico dolor un holocausto  
que en el desierto humea.

Mi Cristo, ante la esponja de las hieles, jadea  
con la árida agonía de un corazón exhausto.

¡ Señor, Tú que colocas  
resina en la corteza impenitente  
y agua entrañable en las adustas rocas,  
házme casto y humilde para poder llorar  
la bienaventuranza de aquel llanto deshecho  
que fertiliza y lava el pecho,  
y verás cómo mi alma se atavía  
y trueca su congoja en alborozo  
para escalar los muros de Antioquía !

## LA ESTROFA QUE DANZA

A Antonia Mercé.

Ya brotas de la escena cual guarismo  
tornasol, y desfloras el mutismo  
con los toques undívagos de tu planta certera  
que fiera se amanaera al marcar hechicera  
los multánimes giros de una sola quimera.

Ya tus ojos entraron al combate  
como dos uvas de un goloso uvate;  
bajo tus castañuelas se rinden los destinos,  
y se cuelgan de tí los sueños masculinos,  
cual de la cuerda endeble de una lira, los trinos.

Ya te adula la orquesta con servil  
dejo libidinoso de reptil,  
y danzando lacónica, tu reojo me plagia,  
y pisas mi entusiasmo con una cruel magia  
como estrofa danzante que pisa una hemorragia.

Ya vuelas como un rito por los planos  
límitrofes de todos los arcanos;  
las almas que tu arrullo va limpiando de escoria  
quisieran renunciar su futuro y su historia,  
por dormirse en la tersa amnistía de tu gloria.

Guarismo, cuerda, y ejemplar figura;  
tu rítmica y eurítmica cintura  
nos roba a todos nuestra flama pura;  
y tus talones tráfugas, que se salen del mundo  
por la tangente dócil de un celaje profundo,  
se llevan mis holgorios al azul pudibundo.

## LA DONCELLA VERDE

(En la muerte de José Enrique Rodó.)

En la quieta impostura virginal de la noche  
que cobija al amor con un ténue derroche  
de luceros, padrinos del erótico abrazo,  
el mundo de Rubén Darío se contrista  
por el cordial filósofo que sembró en el regazo  
de América esperanzas, por el espectro artista  
que hoy arroba el Zodíaco con su arenga optimista.

Yo alabo al confesor de la santa Esperanza  
y a la doncella verde en la misma alabanza.  
Esperanza, doncella verde, tu vestidura  
es el matiz de una corteza prematura.

Esperanza, en el arco iris, tu cabellera  
ameniza los cielos como una enredadera.  
Esperanza, los astros en que titila el verde  
son el feudo en que moras y en que tu luz se pierde.  
Los ojos vegetales con que miras y salvas  
parodian a la felpa rústica de las malvas.  
En la luz teologal de tus dos ojos claros  
se surten las luciérnagas, las joyas y los faros.  
Rayan la oscuridad del más oscuro mes  
las puntas de esmeralda de tus ínelitos pies.  
Y tapizas el antro submarino, y la harmónica  
cuita de los cipreses, y la paleta agónica.

¡Oh doncella, que guardas los suspiros más graves  
del hombre, como guarda un llavero sus llaves:  
un relámpago anuncia que el instante se acerca  
en que tiñas de tí las aguas de mi alberca,  
y a tu paso, fosfórica e inviolable mujer,  
mi corazón se abre, pronto a reverdecer!

Y bajo la impostura virginal de la noche  
que cobija al amor con un ténue derroche  
de luceros, un mito saludable me afianza  
y alabo al confesor de la santa Esperanza  
y a la doncella verde en la misma alabanza.

## EL RETORNO MALEFICO

A D. Ignacio I. Gastelum.

CAPILLA AL FUNSIONARIO  
SIN JUEVES INHUMETARIA

U. N. G.

Mejor será no regresar al pueblo,  
al edén subvertido que se calla  
en la mutilación de la metralla.

Hasta los fresnos mancos,  
los dignatarios de cúpula oronda,  
han de rodar las quejas de la torre  
acribillada en los vientos de fronda.

Y la fusilería grabó en la cal  
de todas las paredes  
de la aldea espectral,  
negros y aciagos mapas,

porque en ellos leyese el hijo pródigo  
al volver a su umbral  
en un anochecer de maleficio,  
a la luz de petróleo de una mecha,  
su esperanza desecha.

Cuando la tosca llave enmohecida  
tuerza la chirriante cerradura,  
en la añeja clausura  
del zaguán, los dos púdicos  
medallones de yeso,  
entornando los párpados narcóticos,  
se mirarán y se dirán: "¿Qué es eso?"

Y yo entraré con pies advenedizos  
hasta el patio agorero  
en que hay un brocal ensimismado,  
con un cubo de cuero  
goteando su gota categórica  
como un estribillo plañidero.

Si el sol inexorable, alegre y tónico,  
hace hervir a las fuentes catecúmenas  
en que bañábase mi sueño crónico;  
si se afana la hormiga;  
si en los techos resuena y se fatiga  
de los buches de tórtola el reclamo  
que entre las telarañas zumba y zumba;  
mi sed de amar será como una argolla  
empotrada en la losa de una tumba.

Las golondrinas nuevas, renovando  
con sus noveles picos alfareros  
los nidos tempraneros;  
bajo el ópalo insigne  
de los atardeceres monacales,

el lloro de recientes recentales  
por la ubérrima ubre prohibida  
de la vaca, rumiante y faraónica,  
que al párvulo intimida;  
campanario de timbre novedoso;  
remozados altares;  
el amor amoroso  
de las parejas pares;  
noviazgos de muchachas  
frescas y humildes, como humildes coles,  
y que la mano dan por el postigo  
a la luz de dramáticos faroles;  
alguna señorita  
que canta en algún piano  
alguna vieja aria;  
el gendarme que pita....  
...Y una íntima tristeza reaccionaria.

BIBLIOTECA ALFONSO  
DE LOS REYES

COMO LAS ESFERAS.....

Muchachita que eras  
brevedad, redondez y color,  
como las esferas  
que en las rinconeras  
de una sala ortodoxa mitigan su esplendor...

Muchachita hemisférica y algo triste  
que tus lágrimas púberes me diste,  
que en el mes del Rosario  
a mis ojos fingías  
amapola diciendo avemarías

y que dejabas en mi idilio proletario  
y en mi corbata indigente,  
cual un aroma dúplice, tu ternura naciente  
y tu catolicismo milenario....

En un día de báquicos desenfrenos,  
me dicen que preguntas por mí; te evoco  
tan pequeña, que puedes bañar tus plenos  
encantos dentro de un poco  
de licor, porque cabe tu estatua pía  
en la última copa de la cristalería;  
y revives redonda, castiza y breve  
como las esferas  
que en las rinconeras  
del siglo diecinueve,  
amortiguan su gala  
verde o azul o carmesí,  
y copian, en la curva que se parece a tí,  
el inventario de la muerta sala.

A LAS VIRGENES

LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD  
DE LA HABANA

Oh vírgenes rebeldes y sumisas:  
convertidme en el fiel reclinador  
de vuestros codos y vuestras sonrisas  
y en la fragua sangrienta del holgorio  
en que quieren quemarse vuestras prisas....

Oh botones baldíos en el huerto  
de una resignación llena de abrojos:  
lloráis un bien que, sin nacer, ha muerto,  
y a vuestra pura lápida concierto  
los fraternales llantos de mis ojos....

¡Hermanas mías, todas,  
las que contentas con el limpio daño

de la virginidad, váis en las bodas  
celestes, por llevar sobre las finas  
y litúrgicas palmas y en el paño  
de la eterna Pasión, clavos y espinas;  
y vosotras también, las de la hoguera  
carnal en la vendimia y el chubasco,  
en el invierno y en la primavera;  
las del nítido viaje de Damasco  
y las que en la renuncia llana y lisa  
de la tarde, salís a los balcones  
a que beban la brisa

los sexos, cual sañudos escorpiones!

¡El tiempo se desboca; el torbellino  
os arrastra al fatal despeñadero  
de la Muerte; en las sombras adivino  
vuestro desnudo encanto volandero;  
y os quisieran ceñir mis manos fieles,  
por detener vuestra caída obscura  
con un lúbrico lazo de claveles  
lazado a cada virginal cintura!

¡Vírgenes fraternales: me consumo  
en el álgido afán de ser el humo  
que se alza en vuestro aceite  
a hora y a deshora,  
y de encarnar vuestro primer deleite  
cuando se filtra la modesta aurora,  
por la jactancia de la bugambilia,  
en las sábanas de vuestra vigilia!

EL MENDIGO

Soy el mendigo cósmico y mi inopia es la suma  
de todos los voraces ayunos pordioseros;  
mi alma y mi carne trémulas imploran a la espuma  
del mar y al simulacro azul de los luceros.

El cuervo legendario que nutre al cenobita  
vuela por mi tebaida sin dejarme su pan,  
otro cuervo transporta una flor inaudita,  
otro lleva en el pico a la mujer de Adán,  
y sin verme siquiera, los tres cuervos se van.

Prosigue descubriendo mi pupila famélica  
más panes y más lindas mujeres y más rosas  
en el bando de cuervos que en la jornada célica  
sus picos atavía con las cargas preciosas,  
y encima de mi sacro apetito no baja  
sino un pétalo, un rizo prófugo, una migaja.

Saboreo mi brizna heteróclita, y siente  
mi sed la cristalina nostalgia de la fuente,  
y la pródiga vida se derrama en el falso  
festín y en el suplicio de mi hambre creciente,  
como una cornucopia se vuelca en un cadalso.

FABULA DISTICA

A Tórtola Valencia.

No merecías las loas vulgares  
que te han escrito los peninsulares.

Acreedora de prosas cual doblones  
y del patricio verso de Lugones.

En el morado foro episcopal  
eres el Arbol del bien y del mal.

Piensen las señoritas al mirarte:  
con virtud no se va a ninguna parte.

Monseñor, encargado de la Mitra,  
apostató con la Danza de Anitra.

Foscos milites revolucionarios  
truecan espada por escapularios.

Aletargándose en la melodía  
de tu imperecedera teogonía.

Tu filarmónico Danubio baña  
el colgante jardín de la patraña.

La estolidez enreda sus hablillas  
cabe tus pitagóricas rodillas.

En el horror voluble del incienso  
se momifica tu rostro suspenso

Mas de la momia empieza a trascender  
sanguinolento aviso de mujer.

Y vives la única vida segura:  
la de Eva montada en la razón pura.

Tu rotación de ménade aniquila  
la zurda ciencia, que cabe en tu axila.

En la honda noche del enigma ingrato  
se enciende, como un iris, tu boato.

Te riegas cálida, como los vinos,  
sobre los extraviados peregrinos.

La pobre carne, frente a tí, se alza  
como brincó de los dedos divinos:  
religiosa, frenética y descalza.

HORMIGAS

A la cálida vida que transcurre canora  
con garbo de mujer sin letras ni antifaces,  
a la invicta belleza que salva y que enamora,  
responde, en la embriaguez de la encantada hora,  
un encono de hormigas en mis venas voraces.

Fustigan el desmán del perenne hormiguelo  
el pozo del silencio y el enjambre del ruido,  
la harina rebanada como doble trofeo  
en los fértiles bustos, el Infierno en que creo,  
el estertor final y el preludio del nido.

Mas luego mis hormigas me negarán su abrazo  
y han de huir de mis pobres y trabajados dedos

cual se olvida en la arena un gélido bagazo;  
y tu boca, que es cifra de eróticos desnudos,  
tu boca, que es mi rúbrica, mi manjar y mi adorno,  
tu boca, en que la lengua vibra asomada al mundo  
como réproba llama saliéndose de un horno,  
en una turbia fecha de cierzo gemebundo  
en que ronde la luna porque robarte quiera,  
ha de oler a sudario y a hierba machacada,  
a droga y a responso, a pábilo y a cera.

Antes de que deserten mis hormigas, Amada,  
déjalas caminar camino de tu boca  
a que apuren los viáticos del sanguinario fruto  
que desde sarracenos oasis me provoca.

Antes de que tus labios mueran, para mi luto,  
dámelos en el crítico umbral del cementerio  
como perfume y pan y tósigo y cauterio.

Delinquiría  
de leso corazón  
si no anegara con mi idolatría,  
en lacrimosa ablución,  
la imagen de la párvula sombría.

Retrato para quien mi llanto mana  
a la una de la mañana,  
reflejando en su sal, que va sin brida,  
la minúscula frente desmedida...

Cejas, andamio  
del alcázar del rostro, en las que ondula

mi tragedia mimosa, sin la bula  
para un posible epitalamio...

La niña del retrato  
se puso seria, y se veló su frente,  
y endureció los dos ojos profundos,  
como una migajita de otros mundos  
que caída en brumoso interinato,  
toda la angustia sublunar presente.

Fiereza desvalida, hecha a mirar  
el mar...

Boca en bisel, como un espejo afable  
que no hable...

Medias de almo color, para que vaya  
por la cernida arena de la playa...

Las deleznable manos,  
que cavan pozos enanos,  
son carceleras de los océanos...

Linda congoja de la frente linda,  
la que inerme y tiránica se brinda  
por modelo de copa y de coyunda  
y de lira rotunda...

Retrato de iniciales sinfonías:  
tus cinco años son cinco bujías  
a cuya luz el alma llora;  
por eso a tí me abro  
como a la honestidad versicolora  
de un diminutivo candelabro.

Los invisibles hombros, cual quimera  
en que un genio marítimo retoza,  
no columbran siquiera  
la adoración venidera  
que los ha de rozar, como se roza  
el codo de una estricta compañera.

Párvula del retrato;  
seriedad prematura;  
linda congoja de un juego nonato  
que enfrente del fotógrafo se apura;  
pelo de enigma, como los edenes  
enigmáticos desde donde vienes;  
víspera bella que cantas  
en la Octava de mi más negra hora:  
hoy hice un alto por mojar tus plantas  
con sangre de mis ojos, y miré  
que salías del óvalo de bruma,  
como punto final que se incorpora  
y como duende de relojería,  
a dar en los relojes de mi fé  
la campanada de la dicha suma.

Niña, venusto manual:  
yo te leía al borde de una estrella,  
leyéndote mortífera y vital;  
y absorto en el primor de la lectura  
pisé el vacío...

Y voy en la centella  
de una nihilista locura.

LIBRERIA AI CONFINI

DI PIACENZA E PARMA

1871

IDOLATRIA

e entera  
ticula

al evocar el seno o la cadera,  
como la mano de la Trinidad  
teológicamente se atribula  
si el Mundo parvo, que en tres dedos toma,  
se le escapa cual un globo de goma.

Idolatrems todo padecer,  
gozando en la mirífica mujer,

Idolatría  
de la expansiva y rútila garganta,

Baudelaire

La Vida mágica se vive entera  
en la mano viril que gesticula  
al evocar el seno o la cadera,  
como la mano de la Trinidad  
teológicamente se atribula  
si el Mundo parvo, que en tres dedos toma,  
se le escapa cual un globo de goma.

Idolatrems todo padecer,  
gozando en la mirífica mujer,

Idolatría  
de la expansiva y rútila garganta,

esponjado liceo  
 en que una curva eterna se suplanta  
 y en que se instruye el ruiseñor de Alfeo.

Idolatría

de los dos pies lunares y solares  
 que lunáticos fingén el creciente  
 en la mezquita azul de los Omars,  
 y cuando van de oro son un baño  
 para la Tierra, y son preclaramente  
 los dos solsticios de un único año.

Idolatría

de la grácil rodilla que soporta,  
 a través de los siglos de los siglos,  
 nuestra cabeza en la jornada corta.

Idolatría

de las arcas, que son  
 y fueron y serán hocas caudinas  
 bajo las cuales rinde el corazón  
 su diadema de idólatras espinas.

Idolatría

de los bustos eróticos y místicos  
 y los netos perfiles cabalísticos.

Idolatría

de la bizarra y música cintura,  
 guirnalda que en abril se transfigura,  
 que sirve de medida  
 a los más filarmónicos afanes,  
 y que asedian los raucos gavilanes  
 de nuestra juventud embravecida.

Idolatría

del peso femenino, cesta ufana  
 que levantamos entre los rosales

por encima de la primera cana,  
 en la columna de nuestros felices  
 brazos sacramentales.

Que siempre nuestra noche y nuestro día  
 clamen: ¡Idolatría! ¡Idolatría!

LIBRERIA ALFONSIANA

W.A.N.G.

LA LAGRIMA

Encima  
de la azucena esquinada  
que orna la cadavérica almohada;  
encima  
del soltero dolor empedernido  
de yacer como imberbe congregante  
mientras los gatos erizan el ruido  
y forjan una patria espeluznante;  
encima  
del apetito nunca satisfecho,  
de la cal  
que demacró las conciencias livianas,

y del desencanto profesional  
con que saltan del lecho  
las cortesanas;  
encima  
de la ingenuidad casamentera  
y del descalabro que nada espera;  
encima  
de la huesa y del nido,  
la lágrima salobre que he bebido.

Lágrima de infinito  
que eternizaste el amoroso rito;  
lágrima en cuyos mares  
goza mi áncora su naufrago baño  
y esquilmo los vellones singulares  
de un compungido rebaño;  
lágrima en cuya gloria se refracta  
el iris fiel de mi pasión exacta;  
lágrima en que navegan sin pendones  
los mástiles de las consternaciones;  
lágrima con que quiso  
mi gratitud, salar el Paraíso;  
lágrima mía, en tí me encerraría,  
debajo de un deleite sepulcral,  
como un vigía  
en su salobre y mórbido fanal.

ANIMA ADORATRIZ

Mi virtud de sentir se acoge a la divisa  
del barómetro lúbrico, que en su enagua violeta  
los volubles matices de los climas sujeta  
con una probidad instantánea y precisa.

Mi única virtud es sentirme desollado  
en el templo y la calle, en la alcoba y el prado.

Orean mi bautismo, en alma y carne vivas,  
las ráfagas eternas entre las fugitivas.

Todo me pide sangre: la mujer y la estrella,  
la congoja del trueno, la vejez con su báculo,  
el grifo que vomita su hidráulica querella,  
y la lámpara, parpadeo del tabernáculo.

Todo lo que a mis ojos es limpio y es agudo  
bebe de mis droláticas arterias el saludo.

Mi ángel guardián y mi demonio estrafalario,  
desgranando granadas fieles, siguen mi pista  
en las vicisitudes de la bermeja lista  
que marca, en tierra firme y en mar, mi itinerario.

Como aquel que fué herido en la noche agorera  
y denunció su paso goteando la acera,  
yo puedo desandar mi camino rubí,  
hasta el minuto y hasta la casa en que nací  
místicamente armado contra la laica era.

Dejo, sin testamento, su gota a cada clavo  
teñido con la savia de mi ritual madera;  
no recojo mi sangre, ni siquiera la lavo.

Espiritual al prójimo, mi corazón se inmola  
para hacer un empréstito sin usuras aciagas  
a la clorosis virgen y azul de los Gonzagas  
y a la cárdena quiebra del Marqués de Priola.

¿En qué comulgatorio secreto hay que llorar?  
¿Qué brújula se imanta de mi sino? ¿Qué par  
de trenzas destronadas se me ofrecen por hijas?  
¿Qué lecho esquimal pide tibieza en su tramonto?  
Anima adoratriz: a la hora que elijas  
para ensalzar tus fieles granadas, estoy pronto.

Mas será con el cálculo de una amena medida:  
que se acaben a un tiempo el arrobo y la vida  
y que del vino fausto no quedando en la mesa  
ni la hez de una hez, se derrumbe en la huesa  
el burlesco legado de una estéril pavesa.

A LAS PROVINCIANAS MARTIRES

Me enluto por tí, Mireya,  
y te rezo esta epopeya.

Mis entrañables provincianas mías:  
no sospeché alabar vuestro suicidio  
en las fascinerosas tropelías.

Antes que sucumbir al bandolero  
se amortizaron las sonoras alas  
que aleteaban en el fiel alero.

Cúspide del teatro pueblerino:  
en un martirologio de palomas  
tú las viste volar a su destino.

El novio llorará a su mártir perla,  
y que luego lo mate la nostalgia  
de nó haber acertado a defenderla.

La amó porque tejía, y por su traza  
de ángel custodio, cual la amó el gatito  
juguetón con la bola de su hilaza.

¡Pobre novio aldeano! ¡Ya no teje  
su perla, ya no lee el Oficio Parvo!  
¡El cabriolet del novio va sin eje!

Me enluto por tí, Mireya,  
y te rezo esta epopeya.

Honorable pajar de la cosecha  
honorable: tu incendio es la basílica  
en que se ahoga la virgen desecha.

¡Morir al fuego, si olían tan bien  
y tenían un alma como el plumbago  
y un guardarropa como un almacén!

Gemirán las cocinas en que antes  
las Mireyas criollas fueron una  
bandeja de pozuelos humeantes.

Gime también esta epopeya, escrita  
a golpes de inocencia, cuando Herodes  
a un niño de mi pueblo decapita.

Santas de los terruños, cuerpos caros  
y gratas almas: ved que me he hecho añicos  
y azul celeste, y luz, para rezaros.

Me enluto por tí, Mireya,  
y te rezo esta epopeya.

LA ULTIMA ODALISCA

BIBLIOTECA ALFONSO  
DE LOS REYES  
U. A. N. U.

se intimida  
uloso  
mecida  
ersales  
on mi vida.  
arina y nube  
tejer sus mimos,  
se eslabonan con el efluvio  
que ata los náufragos racimos  
sobre las crestas del Diluvio.

    Mi alma pesa, y se acongoja  
porque su peso es el arcano

Mi carne pesa, y se intimida  
porque su peso fabuloso  
es la cadena estremecida  
de los cuerpos universales  
que se han unido con mi vida.

Ambar, canela, harina y nube  
que en mi carne al tejer sus mimos,  
se eslabonan con el efluvio  
que ata los náufragos racimos  
sobre las crestas del Diluvio.

Mi alma pesa, y se acongoja  
porque su peso es el arcano

sinsabor de haber conocido  
la Cruz y la floresta roja  
y el cuchillo del cirujano.

Y aunque todo mi sér gravita  
cual un orbe vaciado en plomo  
que en la sombra paró su rueda,  
estoy colgado en la infinita  
agilidad del éter, como  
de un hilo escuálido de seda.

Gozo...Padezco...Y mi balanza  
vuela rauda con el beleño  
de las esencias del rosal:  
soy un harem y un hospital  
colgados juntos de un ensueño.

Voluptuosa Melancolía:  
en tu talle mórbido enroscas  
el Placer su caligrafía  
y la Muerte su garabato,  
y en un clima de ala de mosca  
la Lujuria toca a rebato.

Mas luego las samaritanas,  
que para mí estuvieron prestas  
y por mí dejaron sus fiestas,  
se irán de largo al ver mis canas,  
y en su alborozo, rumbo a Sión,  
buscarán el torrente endrino  
de los cabellos de Absalón.

¡Lumbre divina, en cuyas lenguas  
cada mañana me despierto:  
un día, al entreabrir los ojos,  
antes que muera estaré muerto!

Cuando la última odalisca,

ya descastado mi vergel,  
se fugue en pos de nueva miel,  
¿qué salmodia del pecho mío  
será digna de suspirar  
a través del harem vacío?

Si las victorias opulentas  
se han de volver impedimentas,  
si la eficaz y viva rosa  
queda supérflua y estorbosa,  
¡oh, Tierra ingrata, poseída  
a toda hora de la vida:  
en esa fecha de ese mal,  
házme humilde como un pelele  
a cuya mecánica duele  
ser solamente un hospital!

LIBRERIA ALFONSINA  
SICUTICA UNIVERSITARIA  
U. A. N. G.

EL CANDIL

A Alejandro Quijano.

En la cúspide radiante  
que el metal de mi persona  
dilucida y perfecciona,  
y en que una mano celeste  
y otra de tierra me fincan  
sobre la sien la corona ;  
en la orgía matinal  
en que me ahogo en azul  
y soy como un esmeril  
y central y esencial como el rosal ;  
en la gloria en que meliflúo  
soy activamente casto

porque lo vivo y lo inánime  
se me ofrece gozoso como pasto;  
en esta mística gula  
en que mi nombre de pila  
es una candente cábala  
que todo lo engrandece y lo aniquila;  
he descubierto mi símbolo  
en el candil en forma de bajel  
que cuelga de las cúpulas criollas  
su cristal sabio y su plegaria fiel.

¡Oh candil, oh bajel, frente al altar  
cumplimos, en dúo recóndito,  
un solo mandamiento: venerar!

Embarcación que iluminas  
a las piscinas divinas:  
en tu irisada presencia  
mi humanidad se esponja y se anaranja,  
porque en la muda eminencia  
están anclados contigo  
el vuelo de mis gaviotas  
y el humo sollozante de mis flotas.

¡Oh candil, oh bajel: Dios ve tu pulso  
y sabe que te anonadas  
en las cúpulas sagradas  
no por decrépito ni por insulso!

Tu alta oración animas  
con el genio de los climas.

Tú conoces el espanto  
de las islas de leprosos,  
el domicilio polar  
de los donjuanescos osos,  
la magnética bahía

de los deliquios venéreos,  
las garzas ecuatoriales  
cual escrúpulos aéreos,  
y por ello ante el Señor  
paralizas tu experiencia  
como el olor que da tu mejor flor.

Paralelo a tu quimera,  
cristalizo sin sofismas  
las brasas de mi ígnea primavera,  
enarbolo mi júbilo y mi mal  
y suspendo mis llagas como prismas.

Candil, que vas como yo  
enfermo de lo absoluto,  
y enfilas la experta proa  
a un dorado archipiélago sin luto;  
candil, hermético esquiife:  
mis sueños recalcitrantes  
enmudecen cual un cero  
en tu cristal marinero,  
inmóviles, excelsos y adorantes.

LIBRERIA ALFONSO  
SIC JACOBI HANDBUCH

U.A.N.G.

TODO...

A José D. Frías.

Sonámbula y picante,  
mi voz es la gemela  
de la canela.

Canela ultramontana  
e islamita ;  
por ella mi experiencia  
sigue de señorita.

Criado con ella,  
mi alma tomó la forma  
de su botella.

Si digo carne o espíritu,

paréceme que el diablo  
se ríe del vocablo;  
mas nunca vaciló  
mi fé si dije "yo".

Yo, varón integral,  
nutrido en el panal  
de Mahoma  
y en el que cuida Roma  
en la Mesa Central.

Uno es mi fruto:  
vivir en el cogollo  
de cada minuto.

Que el milagro se haga,  
dejándome aureola  
o trayéndome llaga.

No porto insignias  
de masón  
ni de Caballero  
de Colón.

A pesar del moralista  
que la asedia  
y sobre la comedia  
que la traiciona,  
es santa mi persona,  
santa en el fuego lento  
con que dora el altar  
y en el remordimiento  
del día que se me fué  
sin officiar.

En mis andanzas callejeras  
del jeroglífico nocturno,  
cuando cada muchacha

entorna sus maderas,  
me deja atribulado  
su enigma de no ser  
ni carne ni pescado.

Aunque toca al poeta  
roerse los codos,  
vivo la formidable  
vida de todas y de todos;  
en mí late un pontífice  
que todo lo posee  
y todo lo bendice;  
la dolorosa Naturaleza  
sus tres reinos ampara  
debajo de mi tiara;  
y mi papal instinto  
se conmueve  
con la ignorancia de la nieve  
y la sabiduría del jacinto.

LIBRERIA AL PERUANA  
CALLE JACOBINA 1189  
LIMA  
U. A. N. L.

JEREZANAS...

A María Enriqueta.

LIBRERIA AL PENSAMIENTO  
CALLE DE LA FORTALEZA  
U. A. N. L.

Jerezanas, paisanas,  
institutrices de mi corazón,  
buenas mujeres y buenas cristianas...

Os retrató la señora que dijo:  
"Cuando busque mi hijo  
a su media naranja,  
lo mandaré vendado hasta Jerez."  
Porque jugando a la gallina ciega  
con vosotras, el jugador  
atrapa una alma linda y una púdica tez.

Jerezanas,  
os debo mis virtudes católicas y humanas,

porque en el otro siglo, en vuestro hogar,  
en los ceremoniosos estrados me eduqué,  
velándome de amor, como las frentes  
se velaban debajo del tupé.

Acababan de irse  
el pólisón y la crinolina,  
pero alcancé las caudalosas colas  
que alargan el imán del ave femenina  
de las cinturas hasta las consolas.

Así se reveló, por las colas profusas,  
mi cordial abundancia,  
y también por los moños enormes que en mi in-  
(fancia

trocaban a las plantas bizantinas  
en rondel de palomas capuchinas.

Jerezanas,  
genio y figura  
del tiempo en que los ávidos pimpollos  
teníamos, de pie,  
la misma clementísima estatura  
que tenía, sentada, nuestra Fé.

Jerezanas,  
translúcidas y beatas dentaduras  
en que se filtra el sol, creando en cada boca  
las atmósferas claroscuras  
en que el Cielo y la Tierra se dan cita  
y en que es visitada Bernardita.

Jerezanas,  
de quienes aprendí a ser generoso,  
mirando que la mano anacoreta  
era la propia que en la feria anual  
aplaudía en el coso

y apostaba columnas de metal  
en el escándalo de la ruleta.

Jerezanas,  
grito y mueca de azoro  
a las tres de la tarde, por el humor del toro  
que en la sala se cuela bobeando, y está  
como un inofensivo calavera  
ante la señorita tumbada en el sofá.

Jerezanas,  
panes benditos,  
por vosotras, el Miércoles de Ceniza, simula  
el pueblo una gran frente llena de *Jesusitos*.

Jerezanas,  
abísmase mi sér  
en las aguas de la misericordia  
al evocar la máquina de coser  
que al impulso de vuestra zapatilla,  
sobre mi vocación y vuestros linos  
enhebraba una bastilla.  
Dios quiera que esté salvada  
la máquina de acústicos galopes,  
por la cual fué mi ayer melódica jornada  
y un sobresalto mi vida  
ante los pulcros dedos hacendosos  
resbalando a la aguja empedernida.

Jerezanas:  
he visto el menoscabo  
de los bucles que alabo,  
de los undosos bucles  
que enjugaron sin mofa mis pucheros,  
de los bucles rielantes,  
cabrilleo lunar, blanco de la llovizna

y trono de los lápices caseros;  
 he visto revolar la última brizna  
 de vuestras gracias proverbiales;  
 he visto deformada vuestra hermosura  
 por todas las dolencias y por todos los males;  
 he visto el manicomio en que murmura  
 vuestra cabeza rota sus delirios;  
 he visto que os ganáis  
 el pan con las agujas a la luz del quinqué;  
 he sido el centinela de vuestros cuatro cirios;  
 pero ninguna chanza del presente  
 logra desprestigiaros, porque sois el tupé,  
 los moños capuchinos y la gruta de Lourdes  
 de la boca indulgente.

Jerezanas,  
 colibríes de tápalo y quitasol,  
 que vagabundas en la gloria matutina  
 paraban junto a mis rejas,  
 por espiar la joyante canción de mi madrina  
 rememorando a Serafín Bemol:  
 "Si soy la causa de lo que escucho,  
 amigo mío, lo siento mucho..."

Jerezanas,  
 a cuyos rostros que nimbaba el denso  
 vapor estimulante de la sopa,  
 el comensal airado y desairado  
 disparaba el suspiro a quemarropa.

Jerezanas,  
 que al cumplir con la ley  
 de la anual comunión, miráis a la primera

golondrina de marzo en la Casa del Rey  
 de los Reyes; la párvula golondrina que entró  
 a enseñaros su pecho de mamey.

Jerezanas,  
 cuyo heroico destino  
 desemboca en la iglesia y lucha con el vino,  
 vistiendo santos  
 o desvistiendo ebrios, con la misma  
 caridad de los cantos  
 que os hinchan las arterias en el cuello.

Jerezanas,  
 briosas cual el galope que me llenó de espantos  
 al veros devorar la llanura y el río  
 sobre el raudo señorío  
 del albardón de las abuelas;  
 erguidas como la araucaria,  
 y débiles como el futuro  
 de un huevecillo de canaria.

Jerezanas:  
 cuando el sol vespertino amorate  
 vuestros vidrios, y os heléis  
 en el diario silencio del inútil combate,  
 tomad las fechas de mi vida  
 como hilas del pañuelo de un hermano  
 para curar vuestra herida  
 según la vieja usanza,  
 y para abrigar el nido  
 del pájaro consentido.

Jerezanas:  
 yo aspiro a ser el casto reyezuelo  
 de los días en que os sentís  
 probadas por el Cielo.

Marchitas, locas o muertas,  
sois las ondas del manantial  
que ondula arriba de lo temporal,  
y en el eterno friso de mi alma  
cada paisana mía se eslabona  
como la letra de la Virgen:  
encima de una nube y con una corona.

TE HONRO EN EL ESPANTO...

LIBRERIA AL PENSIVO  
CALLE DE LAS FLORES, 10  
U. A. N. E.

Ya que tu voz, como un muelle vapor, me baña,  
y mis ojos, tributos a la eterna guadaña,  
por tí osan mirar de frente el ataúd;  
ya que tu abrigo rojo me otorga una delicia  
que es mitad friolenta, mitad cardenalicia,  
antes que en la veleta lllore el póstumo alud;  
ya que por tí ha lanzado a la Muerte su reto  
la cerviz animosa del ardido esqueleto  
predestinado al hierro del fúnebre dogal;  
te honro en el espanto de una perdida alcoba  
de nigromante, en que tu yerta faz se arroba

sobre una tibia, como sobre un cabezal;  
y porque eres, Amada, la harmoniosa elegida  
de mi sangre, sintiendo que la convulsa vida  
es un puente de abismo en que vamos tú y yo,  
mis besos te recorren en devotas hileras  
encima de un sacrilego manto de calaveras,  
como sobre una erótica ficha de dominó.

LIBRERIA AL FRENTE  
CALLE DE LA PLAZA  
U. A. N. L.

DISCO DE NEWTON

LIBRERIA AL PENSAMIENTO  
U. A. N. S.

Omnieromía de la tarde amena...  
El alma, a la sordina,  
y la luz, peregrina,  
y la ventura, plena,  
y la Vida, una hada  
que por amar está desencajada.  
Firmamento plumizo.  
En el ocaso, un rizo  
de azafrán.  
Un ángel que derrama su tintero.  
La brisa, cual refrán  
lastimero.

En el áureo deliquio del collado  
hálito verde, cual respiración  
de dragón.

Y el valle fascinado  
impulsa al ósculo a que se remonte  
por los tragaluces del horizonte.

Tiempo confidencial,  
como el dedal  
de las desahuciadas bordadoras  
que enredan su monólogo fatal  
en el ovillo de las huecas horas.

Confidencia que fuiste  
en la mano de ayer  
veta de roscieler,  
un alpiste  
y un perfume de Orsay.

Tarde, como un ensayo  
de dicha, entre los pétalos de mayo;  
tarde, disco de Newton, en que era  
omnícroma la primavera  
y la Vida una hada  
en un pasivo amor desencajada...

HUMILDEMENTE...

A mi madre y a mis hermanas.

CUAPILLA MI FUNDADA  
CALLE JOSEFA MARCELA  
U. A. N. U.

Cuando me sobrevenga  
el cansancio del fin,  
me iré, como la grulla  
del refrán, a mi pueblo,  
a arrodillarme entre  
las rosas de la Plaza,  
los aros de los niños  
y los flecos de seda de los tápalos.

A arrodillarme en medio  
de una banqueta herbosa,  
cuando sacramentando  
al reloj de la torre,

de redondel de luto  
y manecillas de oro,  
al hombre y a la bestia,  
al azahar que embriaga  
y a los rayos del sol,  
aparece en su estufa el Divinísimo.

Abrazado a la luz  
de la tarde que borda,  
como al hilo de una  
apostólica araña,  
he de decir mi prez  
humillada y humilde,  
más que las herraduras  
de las mansas acémilas  
que conducen al Santo Sacramento.

“Te conozco, Señor,  
aunque viajas de incógnito,  
y a tu paso de aromas  
me quedo sordomudo,  
paralítico y ciego,  
por gozar tu balsámica presencia.

Tu carroza sonora  
apaga repentina  
el breve movimiento,  
cual si fuesen las calles  
una juguetería  
que se quedó sin cuerda.

Mi prima, con la aguja  
en alto, tras sus vidrios,  
está inmóvil con un gesto de estatua.

El cartero aldeano

que trae nuevas del mundo,  
se ha hincado en su baliya.

El húmedo corpiño  
de Genoveva, puesto  
a secar, ya no baila  
arriba del tejado.

La gallina y sus pollos  
pintados de granizo  
interrumpen su fábula.

La frente de don Blas  
petrificóse junto  
a la hinchada baldosa  
que agrietan las raíces de los fresnos.

Las naranjas cesaron  
de crecer, y yo apenas  
si palpito a tus ojos  
para poder vivir este minuto.

Señor, mi temerario  
corazón que buscaba  
arrogantes quimeras,  
se anonada y te grita  
que yo soy tu juguete agradecido.

Porque me acompasaste  
en el pecho un imán  
de figura de trébol  
y apasionada tinta de amapola.

Pero ese mismo imán  
es humilde y oculto,  
como el peine imantado  
con que las señoritas  
levantan alfileres  
y electrizan su pelo en la penumbra.

Señor, este juguete  
de corazón de imán,  
te ama y te confiesa  
con el íntimo ardor  
de la raíz que empuja  
y agrieta las baldosas seculares.

Todo está de rodillas  
y en el polvo las frentes;  
mi vida es la amapola  
pasional, y su tallo  
doblégase efusivo  
para morir debajo de tus ruedas.”

LIBRERIA ALFONSINA  
CALLE DE LA PAZ 100  
MEXICO D.F.  
U. A. N. C.

	Págs.
Hoy como nunca . . . . .	11
Transmútase mi alma . . . . .	15
El viejo pozo . . . . .	19
Tu palabra más fútil . . . . .	25
Para el zenzontle impávido . . . . .	29
Que sea para bien . . . . .	35
El minuto cobarde . . . . .	39
La mancha de púrpura . . . . .	45
Introito . . . . .	49
Día 13 . . . . .	53
No me condenes . . . . .	57
Despilfarras el tiempo . . . . .	61

	Págs.
Himeneo . . . . .	65
Las desterradas . . . . .	69
Mi corazón se amerita . . . . .	75
Dejad que la alabe . . . . .	79
Tus dientes . . . . .	85
Memorias del circo . . . . .	89
Tierra mojada . . . . .	95
Como en la Salve . . . . .	99
La estrofa que danza . . . . .	103
La doncella verde . . . . .	107
El retorno maléfico . . . . .	111
Como las esferas . . . . .	117
A las vírgenes . . . . .	121
El mendigo . . . . .	125
Fábula dística . . . . .	129
Hormigas . . . . .	133
La niña del retrato . . . . .	137
Idolatría . . . . .	143
La lágrima . . . . .	149
Anima adoratriz . . . . .	153
A las provincianas mártires . . . . .	157
La última odalisca . . . . .	161
El candil . . . . .	167
Todo . . . . .	173
Jerezanas . . . . .	179
Te honro en el espanto . . . . .	187
Disco de Newton . . . . .	191
Humildemente . . . . .	195

DEL MISMO:

LA SANGRE DEVOTA. (Agotada).—México, 1916.

CAPITULO ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. C.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE QUINTO  
VOLUMEN DE LA BIBLIOTECA DE  
AUTORES MEXICANOS MO-  
DERNOS EL 6 DE DICIEM-  
BRE DE 1919 EN LA  
IMPRESA DE  
MURGUÍA.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

PQ7297  
.L68  
Z6

ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

1020099764  
FAR

LOPEZ VELARDE, Ramón

Título \_\_\_\_\_  
Zozobra \_\_\_\_\_

Vencimiento	Nombre del Lector
_____	_____



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



